

Manos, pues, á la obra
que, en mi retrato,
sin que riña con Gila
llegue á las manos.
De qué piedra estas manos
serán no acierto,
y es que yo me las como
por dar en ello.

Mas así de guijarro
son, no lo du lo,
por lo brutas y porque
dan siempre en duro.
Lo demás tu basquiña
me lo ha ocultado;
y así omito hablar de ello: ...
ya soy de mármol.

JUICIO SINTÉTICO DE ESTA SESIÓN

Con ineptias de aduladores palaciegos, que no otro nombre merecen, dieron los académicos principio á esta velada. Felizmente, para borrar la mala impresión que en el espíritu del lector hiciera lo estrafalario y tonto de los anagramas, el tema señalado por el Virrey abrió ancho campo á los poetas para echar á lucir inspiradas bizarrías del númen. Redondillas, romances y semiseguidillas, todas las composiciones, en fin, son de aquilatado mérito, y no sabríamos á cual de los ingenios acordar preferencia sobre los demás. Con algo menos de culteranismo, el romance del limeño don Pedro José Bermudez sería real joya en nuestra literatura. Imágenes llenas de novedad, para aquel siglo, como esta:

ni corta como mis dichas,
ni larga como mis penas,

y la del *rubí partido en dos* empleada por el limeño Peralta y que, en nuestros días, ha popularizado la musa de Zorrilla, se encuentran profusamente en las poesías á que nos referimos.

Las redondillas del marqués de Brenes son un verdadero primor como galantería.

R. P.

ACTA SEXTA

DE LA ACADEMIA QUE SE CELEBRÓ EL LUNES 28 DE OCTUBRE DE 1703

CONCURRENTES:

Su Excelencia:

*El licenciado don Miguel Cascante — El doctor don Pedro Joseph Bermúdez
El marqués de Brenes — El doctor don Pedro de Peralta.
Don Juan Manuel de Rojas — Don Jerónimo de Monforte y Vera*

Para esta Academia repartió Su Excelencia á los ingenios de ella diferentes fábulas de Esopo para que las tradujeran, en diferentes metros castellanos, sacando la moralidad de cada una.

Y después de leídas las fábulas que escribieron, dió Su Excelencia por asunto, para escribir de repente, la descripción de lo que pasa en una portería, torno, locutorio y demás lugares de un convento de monjas, y que este asunto se escribiese en endechas.

La noche que se celebró esta Academia, se estrenó (en el salón que dispuso Su Excelencia para la representación de las comedias) una preciosa araña de cristal, á vista de la cual dijo, de repente, el doctor don Pedro Joseph Bermudez la siguiente

DÉCIMA

De vuestro ánimo real
copiaran su lucimiento
valor, nobleza y talento,
en ardor, luz y cristal.
Y en ese claro fanal

dirán las lunas hermosas
que aun las arañas ociosas
en vuestra casa, sin quejas,
tienen ingenio de abejas
y afición de mariposas.

Entre los tonos que se cantaron esta noche, en la música que precedió á la Academia, empezaba uno con este verso de una letra antigua.

A más no poder, Anarda.

Y dando á entender Su Excelencia que gustaría de que glosase dicho verso el mismo don Pedro Joseph Bermúdez, lo glosó, de repente, en la siguiente

DÉCIMA

Lucinda y Anarda son la llama es justo que arda,
empleos de mi cuidado; pronta á un fuego y á otro tarda,
pero en Lucinda he notado y que de las dos me rinda
superior la perfección. á todo trance Lucinda,
Y así de mi adoración á más no poder Anarda.

Una y otra décima mandó Su Excelencia que se escribiesen por principio de la Academia.

FÁBULA DEL CIERVO Y DEL CAZADOR

Del licenciado don Miguel de Cascante:

Un fugitivo ciervo
á quien las flechas siguen,
por escusar sus puntas
de un sarmiento á la sombra se redime.
En la mansión de Baco
encuentra, entre las vides,
defensa á los impulsos
de que plumas y plomo le despiden.
Ya del can el ladrido
su temor no percibe,
y no oyendo sus voces
piensa que de sus presas se ve libre.
Olvidado del riesgo
á un renuevo le pide,
para halago del gusto,
cuanto en su tierno brote se concibe.
El rumor de las hojas
es lengua que predice
fatales los anuncios
al que sin reflexión su genio mide.
La prevención del riesgo
hizo famoso á Ulises,
y su prudencia pudo

romper de Frigia nudos invencibles.
El cazador astuto
con lento paso oprime
el recinto frondoso
donde el tímido bruto fiel reside.
Victorioso le prende
diciendo el Ciervo, triste:
como indiscreto, pago
la imprudencia que tuve en descubrirme.

Moralidad de la fábula

Si al silencio le fiara
el discurso el pensamiento,
no encontrara su conuento
de dura opinión la vara.
Quien de fácil se declara
sienta del censor la herida,
que es el más fuerte homicida;
y el que no supo callar
y sin tiempo quiso hablar,
rinda á un desaire la vida.

FÁBULA DEL RUISEÑOR Y DEL GAVILÁN

Por el marqués de Brenes:

| | |
|--|---|
| En una abrupta montaña se obستا un robusto, bello árbol, cuyas ramas son verde corona de un cerro. Hermosa, atropada turba de hojas son su pulimento, y de esmeraldas frondosas forma el vegetable imperio. En esta vistosa pompa tiene su solio violento, Gavilán cuya hermosura sólo se muestra en lo fiero. Viviente rayo es de pluma, siendo un erizado ceño en esa región del aire veloz pirata del viento. En ese diáfano espacio es este crüel, soberbio, del imperio de las aves un fatal susto del vuelo. Con perspicaz vista atiende á un canoro, lisongero Ruisseñor, de cuya muerte es su voz el instrumento. | Ave canora, suspende el dulce suave acento, que el gorjeo á otros da vida, y ahora en tí es muerte el gorjeo. Ya vuela desde las ramas de pluma el pirata presto, porque su sangrienta garra logre voraz el trofeo. El temor al Ruisseñor le embarga su movimiento, y lo veloz áun no halla esperanza en lo ligero. El corazón pulsa tardo, el pecho es todo de hielo, y el aliento más parece que es desmayo que no aliento. Al temor se acoge todo, porque no le deja el miedo arbitrio á la libertad cuando encuentra con el riesgo. No obstante, entre sus desmayos, dijo, en trinados lamentos:— No intentes trofeo que más es baldón que trofeo. |
|--|---|

¿Qué añade, pues, á lo grande
el triunfar de un rendimiento,
donde el esfuerzo no halla
en qué ejercer el esfuerzo?
¿Por qué sangrientas tus iras
empleas en lo pequeño,
pues no es del valor blasón
la gloria sin vencimiento?
Depón el airado enojo,
benigno admite mi ruego,
que el supremo que perdona
más ostenta lo supremo.—
No halló el ruego en él piedad,
pues en el tirano es cierto
que si él la necesitase
se aborreciera á sí mesmo.
Esgrimió la garra y pico
y la pluma sacudiendo,
para hacer cuchilla el ala
le dió el corazón acero.
Sangriento, alado enemigo,
devora el dulce embeleso
de la Aurora, y dióle en sí
triste oscuro monumento.
Oh! infiel, cruel tiranía
de quien son bruto alimento
las vidas, porque su vida
sólo vive de lo muerto!
Como á las seguridades
siempre el tirano ve lejos,

sólo en lo sangriento encuentra
seguridad lo sangriento.
Aun en la venganza no halla
bastante quietud el pecho,
que enojo y temor no aciertan
á tener los sustos quedos.
Es el furor de la ira
un inestinguible incendio
que de fuego se alimenta,
viviendo solo de fuego.
Mas como término tienen
todas las acciones, luego
que llega él mismo deshace
aún lo propio que había hecho.
Si el tiempo ayudó al tirano,
parcial fiel de su deseo,
en él mismo halló la ruina
que infiel le fabrica el tiempo.
Si por remedio el impío
la sangre bebe avariento,
la misma sangre dispone
el que muera del remedio.
La memoria á la memoria
ofende con el recuerdo,
porque aún asombra el horror
la parte del escarmiento.
Entre su ambición perece,
y sólo dejan sus hechos
una noticia, que es
padrón infame, y no ejemplo.

FÁBULA DE LA VULPEJA Y DEL LEÓN

Por don Juan Manuel de Rojas:

— SONETO —

Vió la Zorra al León la vez primera;
y fué tal de su miedo el ansia fuerte,
que sufriera el amago de la muerte
antes de ver su cara horrible y fiera.

Vióle segunda vez, y de manera
ya moderado su pavor advierte,
que sin ningún recelo se divierte
cuando llegó á mirarle la tercera.

Háblale firme y la recibe grato,
hallando sus horrores apacibles,
bruto ejemplo de humanas suavidades.

Que, aun en lo irracional, costumbre y trato
allanan los más arduos imposibles,
venciéndole al temor dificultades.

FÁBULA DEL GALLO Y DE LA PERLA

De don Pedro Joseph Bermúdez:

Donde en leves cenizas desatado
ó en trágicos fragmentos dividido,
oprimiendo sus altos homenajes
se erige monte el que cayó edificio,
allí el destrozo remontado á templo
(Fénix de sus despojos renacido)
se consagra en altar al Desengaño
el que á la Vanidad fué sacrificio.
A sus perdidos bienes de su estrago,
entre la blanda yerba asiento fijo,
vistiendo nobles, compasivas yedras,
á los desnudos extranjeros riscos,
adoración rendía el pensamiento
de su hermosura al resplandor jarifo:
estátuas del asombro, los vivientes
aumentaban su adorno sin arbitrio.
La perfección fué rémora al errante
pasajero sin voces advertido,
y en ella á su fatiga y esperanza
dos alientos lograba el peregrino.
Espléndido aparato le prestaron
mármoles griegos, pórfidos latinos,
y entre la elevación de sus primores
se incendió Roma, se perdió Corinto.
Cuanto en púrpura y oro, en fuego y llama,
rinden Ofir, Ceylán, Arabia y Tiro,
vió el aire en sus espacios luminosos
exalado, pendiente y esparcido.
La proporción austera y regulada,
que alma infunde al primor y al arte brío,
fatigó la paciencia del deseo
con la proligidad del artificio.
Pero ya de la edad al grave peso
aun el bronce á gemir llegó oprimido,
y en débil resistencia el duro mármol
fué á los golpes del tiempo frágil vidrio.
Entre el desmonte de su cruel ruina,
donde siembra escarmientos el aviso,
el ave que es del sol nuncio canoro,
buscó el pasto en menudos desperdicios.
Breve esplendor divisa en terso grano
que fué del sur, en puo nácar fino,

si no del alba á lágrimas formado
del cielo á rosicleres producido.
Pero de lo admirable al justo aprecio
no alcanza torpe, irracional instinto,
ni consiguen las luces de lo raro
vencer las ceguedades de lo indigno.
Dejó el Gallo la perla por inútil
á la bruta ambición de su apetito,
y buscando alimento menos noble,
clamó: —Pues no me sirves, no te admiro.—
Así á la ciencia y discreción sucede
tratándola los necios con desvío,
pues los que solo al interés adoran
mandan la estimación por el sentido.

Oh! felices ingenios! Cisnes dulces
que haceis al Rimac que lo envie el Caistro, (1)
mejorad la fortuna en el agrado
de vuestro excelso Apolo esclarecido.
Coronad con las palmas de su escudo
los frecuentes aciertos repentinos
que, por ser inmortales vuestras obras,
no ejerce el tiempo en ellas su dominio.
Con las alas que ilustran sus blasones
el vuelo remontad hasta el Olimpo,
donde la envidia adora eternizado
su nombre en vuestro aplauso repetido.
De este nimen que inspira vuestras voces,
la armonía que forman vuestros ritmos,
cuantas perlas esparcen vuestras plumas
el favor las reserve del olvido.
Su fama repetida en vuestros ecos,
aun más que aplicación, sea prodigio;
pues en sus glorias aun Apolo deja
suspense el plectro, el canto enmudecido.
Y porque de las Musas y las Gracias
remudéis los laureles y los myrros,
venza al cascado tiempo edad *Cascante*
y culto *Brenes* breñas rompa al Pindo.
Oh, sol! razón dar puedes de tu aliento
pues *Rojas* señas son tus rayos limpios,
y aunque *Monforte* (2) afirme al monte fuerte
Barrio-nuevo en *Peralta* muda Clío.
Vuestro esplendor discreto corresponde
de la luz al reciproco latido,
hallando en él iluminada senda
la insaciable carrera de los siglos.

(1) Ignoramos la significación de *Caistro*, palabra que aparece con toda claridad escrita en el original.

(2) En los versos anteriores y los siguientes se alude á los literatos de la Academia.

Y dando el pecho á la fatiga heroica
volved la espalda al ocio entorpecido,
pues ya lo fervoroso del empeño
se ilustra con lo noble del destino.
De vuestro amado príncipe al obsequio
se consagren ingenios y albedríos,
y en culto de su aplauso la Memoria
pasará de deidad á sacrificio.

FÁBULA DE LAS RAPOSAS

Por don Pedro de Peralta y Barnuevo en

OCTAVAS

El sagaz animal que disparado
incendio fué del campo Filisteo,
hoy, de segundo ardid aprisionado,
de otra astucia su astucia es ya trofeo.
Quejas de la prisión, quejas del hado
da al cielo, da á la selva, y su deseo
por redimirse en tal afán le implica
que, el librarse, otra cárcel le fabrica.

A la fuerza el empeño redimido
muerde la cuerda, y con tenaz aliento
el cuerpo ya derecho, ya torcido,
más estrecha uno y otro ligamento.
Tanto, en fin, con el nudo ha combatido
que, al dejarle la cauda en vencimiento,
del lazo que la oprime en tanta ofensa
lo mismo que es despojo le es defensa.

Cual nave sin timón, arco sin flecha,
vaga deforme la infeliz raposa,
á quien ya viendo su beldad deshecha
la libertad que consiguió está ociosa.
No se atreve en congoja tan estrecha
á que el vulgo la vea indecorosa,
y el lazo aún más que la detuvo atada
desde allí la aprisiona separada.

Nuevo discurre modo conveniente,
porque el ingenio en los extremos luce,
con que la misma afrenta hacer decente
si la fealdad á moda se introduce.
Piensa le asusta, dícelo elocuente,
puesto que, si en los ánimos le induce,
logra haciendo común tal extrañeza
la torpeza encubrir en la torpeza.